

EL PSICOLOGO: SOMBRA Y ALIMENTO DEL PUEBLO¹
(Hacia una Psicología Integral)²

Leopoldo Chiappo³

Se presenta el papel delicado y superior que tiene el Psicólogo en la comunidad social, procurando superar la visión unilateral y dogmática de tecnólogo de la conducta. Se propone una Psicología Integral que la considera una disciplina que utiliza tanto el saber científico como el saber humanístico, artístico y literario, filosófico y teológico, por tanto una disciplina que no sólo es rama de las ciencias naturales y de la Biología.

The author presents the delicate and important role that psychologists play in the social community, trying to go beyond the dogmatic view of psychologists as conduct technologists. He proposes a Holistic Psychology which considers it as a discipline that uses scientific, as well as humanistic, artistic, literary, philosophical and theological knowledge.

1 Texto revisado en noviembre de 1992 de la conferencia dictada en la reunión plenaria del día martes 3 de setiembre de 1991 del V Congreso Peruano de Psicología realizado en Lima, Perú, por el Prof. Dr. Leopoldo Chiappo. Ha sido base para la conferencia en la Pontificia Universidad Católica sobre "Papel del Psicólogo" dictada el día del Psicólogo, 30 de abril de 1993.

2 El subtítulo obedece a la necesidad de disipar los peligros del exclusivismo cientificista de moda.

3 Profesor Principal Fundador de la Cátedra de Psicología en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Apartado Postal 4314, Lima, Perú. FAX (51-14) 824541 Tel. 820252 Anexo 28.

Deliberadamente he escogido un título que aunque pudiera aparecer enigmático sin embargo es pertinente por lo sugeridor en horas difíciles: el psicólogo, sombra y alimento del pueblo. Y también por la necesidad que tiene nuestra disciplina de superar el fragmentarismo y lograr una visión integral que supere los límites del método científico, sin desplazarlo, y que desborde su inclusión en la biología, sin desconocerla.

Contra lo que pudiera falsamente esgrimirse contra el psicólogo acusándolo de ser un lujo de las sociedades prósperas o de servir de costoso y transitorio alivio de las angustias y trastornos emocionales de la clase opulenta, de engreimiento de ociosos o de muletas de refinados y raros baldados especímenes de la humana fragilidad psíquica, en verdad, el psicólogo cumple una profunda, necesaria y urgente misión psico-espiritual en medio del pueblo, más todavía en épocas de penuria. Y a eso apunta el título y el tema *el psicólogo, sombra y alimento del pueblo*.

Es oportuno preguntarse ¿por qué “sombra”, por qué “alimento” del pueblo? ¿Qué significa esto de “sombra”, esto de “alimento”, esto de “pueblo”? Y de dónde ha salido semejante frase aplicada al psicólogo. ¿Es que, acaso, en torno a la actividad del profesional psicólogo hay que seguir haciendo literatura, quizá algo peor, filosofía o teología? ¿Es que la psicología no ha adquirido ya rango científico y tecnológico? ¿Acaso no se ha superado ya, con los laboratorios de investigación y los sistemas estadísticos, el verbalismo sin base? Sin embargo, creo que no sólo es importante sino útil retornar a plantearse los fundamentos de la disciplina precisamente para iluminar y orientar adecuadamente la misma praxis. El gran neurobiólogo y psicólogo del siglo XX el Maestro Kurt Goldstein, profesional práctico e investigador científico, aconsejaba la necesidad de plantearse problemas filosóficos tanto para elevar el nivel de la investigación científica como para acertar en la práctica profesional concreta con las personas.

Pero regresemos al esclarecimiento del título enigmático, pero que en verdad corresponde a una necesidad esencialmente real. Si el psicólogo actúa

realmente como psicólogo cumpliendo una función social y considera su actuación como la actuación de una persona real entre personas reales, su misión no puede reducirse al de un mero tecnólogo de la conducta, ubicado en una cosmovisión científicista unilateral y limitado por una óptica mecanicista sobre la realidad humana, realidad compleja, sutil y profunda, y que a la mirada sensible de observadores experimentados aparece como inabarcable y arcana. Es entonces que surge la idea del psicólogo como “sombra”, misión de refugio y de refresco, protección refrigerante en ciertas solanas agobiantes y sofocantes de la existencia, o, para decirlo con una frase inmortal acuñada por Shakespeare, maestro de psicólogos, “*sombra en la fiebre de la vida*”. Y no sólo *sombra*, es decir, paraje en el que el caminante de la vida, abrumado y fatigado, busca solaz y reposo, y también *alimento*. Y es que el hombre no sólo necesita y busca alivio emocional, calmar las punzantes saetas de la angustia y del desconsuelo, encontrar una sombra pacífica sobre sus impulsos y sus ardores, fuegos propios de la juventud y del verano de la vida, sobre todo cuando las cosas se vuelven problemáticas conflictivas. No se trata solamente del papel del psicólogo como necesidad gratificante o como ocasión e invitación a la reflexión del cliente (en latín *cliens*, “*clientis*”, cuyo uso original es “quien busca protección”, “ayuda”, “tutoría”, según la acepción testificada por Tulio Cicerón en Roma). Se trata también de la motivación fundamental de la vida humana: la búsqueda de plenitud existencial, es decir, lo que Goldstein llama la “auto-realización”, el cumplimiento de las potencialidades del ser sí mismo, la consumación de la propia posibilidad, la más alta, la mejor, desde adentro, intrínsecamente, la autenticidad del propio ser en plenitud de ser. Y en esta dimensión de la persona humana el psicólogo ya no sólo es “sombra”, alivio y reposo, es estímulo nutriente de la vida, ayuda e inspiración para la realización del despertamiento y toma de conciencia de tal proyecto escondido y muchas veces soterrado. Aquí el psicólogo orienta psico-espiritualmente al ayudar a resolver el problema fundamental, es decir, el problema de encontrar la armonía con el propio ser y de allí con los demás, principalmente, los del “círculo de vida” (Nicolai Hartmann). Se trata de la autenticidad de la propia existencia, no su falsificación. Y esto es crecer existencialmente. Y es imposible crecer sin alimentación y, en verdad, la existencia auténtica es crecimiento en tanto despliegue de las potencialidades profundas de sí mismo. Y a la vida personal como crecimiento, expansión, despliegue del ser sí es lo que llamo *libertad*, entendida como dimensión existencial de la experiencia humana que se abre como opuesta a lo que llamo *enclavación*, entendida como frustración de la libertad, y, por tanto, deterioro de la vida humana, frustración existencial. En una vida enclavada el horizonte de la experiencia se da como *cerrazón*, horizonte que se estrecha y se va cerrando, mientras que en la dimensión existencial de *libertad* la experiencia de la vida humana se da como *apertura psico-espiritual* (en mi libro “Dante y la Psicología del Infierno”, Atlas, Lima, 1983 y UPCH, Lima, 1986, he tratado extensamente sobre éstas y las otras

dimensiones existenciales de la experiencia humana; igualmente el trabajo "Psicología de la Experiencia Humana" publicado en "Cielo Abierto" Vol. XI, N. 31, Lima, 1985).

Si el psicólogo es entendido como *sombra y alimento* del pueblo, qué entendemos por "*pueblo*". La palabra, con el uso político, sociológico e incluso demagógico cobra diversos significados, incluyendo el pretendidamente exclusivo de las clases bajas y menos favorecidas económicamente. Por eso, mejor me atengo a la significación que le da a *pueblo* un filósofo. Martín Heidegger escribió: "Aquellos que habitan y viven juntos son el *demos*, el *pueblo*, así nombramos en el sentido del juego mutuo ejercicio desde la existencia en común, pública" (Martín Heidegger, Nietzsche, I, pág. 159, Editions Gallimard, París, 1971). La conjunción y coherencia inter-subjetiva de comunicación diseñada por coexistencia comunal y pública (es decir, no privada o doméstica, como en el "círculo de vida", familia, amigos, club, centro de trabajo), el ámbito abierto que liga a una multitud de personas, familias y grupos de seres humanos es lo que caracteriza a lo que se llama *pueblo*, dentro de cuyo seno nadie queda excluido y desde el cual ningún estrato socio-económico puede ser privilegiado con la denominación exclusiva y excluyente de *pueblo*. Es que en esencia, *pueblo* es la comunidad humana transfamiliar, aunque incluye a las familias, que habitan el mismo territorio considerado como común y perteneciente a todos y cuyos límites separan a tal colectividad de índole popular de otra actividad, es decir, a un pueblo de otro pueblo. Es evidente que la identidad de cada pueblo tiene que estar dada esencialmente por el *sentimiento de pertenencia* que vivamente experimentan los individuos, y que en cierto modo reconocen en ciertas características de comunidad de tradiciones, lenguaje, costumbres, y formas de vida que le dan una fisonomía colectiva diferencial, respecto de otros pueblos. Es en esta forma de asociación como *pueblo* que el hombre encuentra su primera forma de vivir humanamente en *apertura social*, donde hunde las raíces que lo identifican en la vaga universalidad de la "humanidad" en general. Salvo el caso de aquél cuyo nivel de experiencia lo ubica como "ciudadano del mundo", y entonces "su pueblo es la humanidad entera". Es una forma de segundo grado de vivir humanamente, más elevada. El hombre cosmopolita no debe ser confundido con el hombre internacional apátrida. Se trata del hombre humanista que ha trascendido toda forma de etnocentrismo, racismo o chauvinismo, aunque enraizado en su pueblo.

Si se quiere despertar en el psicólogo una conciencia lúcida de su misión social fundada en una acción que dimana de una experiencia espiritual interna rica es evidente que no basta la mera profesionalidad universitaria, pues es el ejercicio de tan noble y alta misión algo que trasciende a la venta de un servicio de nivel terciario en la economía. Entonces se hace comprensible y se desniebla

algo de enigma de la frase “el psicólogo, sombra y alimento del pueblo”. El origen de esta frase que titula la presente exposición es muy humilde, es decir, tan modesto como elevada su significación. En esta combinación de modestia y elevación consiste la humildad. He tomado el título de la abuela Manuela personaje de una telenovela brasileña cuyo drama se desarrolla en una pequeña caleta de casi analfabetos pescadores. Ocurre en un paisaje marino de soberbia y lujuriante belleza tropical. La abuela Manuela tiene una autoridad grande, es decir, auténtica, en ese reducido grupo humano. Todos la consultan en sus problemas, todos se guían por ella, en la duda, en la crisis, en el sufrimiento, en la adversidad. Ella es consultora y bálsamo, consuelo y maestra, en las cosas que ocurren en la vida. Ella sabe. Es que tiene una disposición especial que, con su experiencia humana, la ha convertido, en maestra vida, en experta de las cosas de la vida, en sabia. Y por tanto ella también sabe que no es eterna y que alguien habrá de sustituirla en su misión. Y en su natural y cultivado discernimiento de espíritus identifica a uno de los jóvenes pescadores del lugar. Elige y prepara a su nieto elegido, el joven No. El es quien tendrá que reemplazarla en la noble misión requerida por el pueblo. Y para ello, habrá de ser hombre superior, libre de pasiones, desasido. Y es entonces que aparece en la boca de ella, al explicarle al joven No la elección, la frase “sombra y alimento del pueblo”. Sí, efectivamente, unos son pescadores, calafateadores, reparadores o constructores de embarcaciones, artesanos, bodegueros, leñadores, cocineros, albañiles, carpinteros, vigilantes, autoridades, hombres prácticos y hábiles, pero comunes y corrientes, pero se necesita alguien que sea en el seno del pueblo “sombra y alimento”. Es decir, alguien a quien acudir. Alguien que sea protección psico-espiritual para quien busca ayuda en sus problemas y conflictos y dudas; alguien que fortalezca y ayude a crecer espiritualmente. Naturalmente que esta concepción de humilde origen está muy por encima de los tecnólogos infatuados y mediocres que suelen producir las universidades. Más bien habría que despertar en la preparación universitaria y del psicólogo esta fuente interior de espiritualidad de estimativa superior que permite realizar la elevada y excepcional misión que tiene el profesional psicólogo en la vida social; cancelando definitivamente el mercantilismo abusivo del lucro desmedido y la charlatanería disfrazada con el lenguaje de la ciencia. Y también hay que cancelar el dogmatismo de escuela que tanto daño hace tanto al psicólogo convertido en un mono pomposo infatuado de teorías librescas cuyas ideas imita sin sentido crítico como al cliente, no comprendido y deformado, abandonado a la angustia. Y en estas desmesuras son los más dañinos aquellos psicoanalistas que tan mal tratan la acción psicológica que la maltratan y con ello al paciente.

Pienso y pregunto: ¿No es caso ésta la esencia del psicólogo en su misión social y al mismo tiempo su más alta calificación espiritual, fundamento de su actividad como investigador humanista y científico y como profesional de la

experiencia interior y de la conducta humana? En el caso de la pequeña Caleta tropical de pescadores ignorantes la actividad de la “abuela” es una mezcla de ensalmadora, herbolaria, adivina, maestra, consejera y comadrona, aunque en realidad ejerce una suerte de misión mixta brujeril y sacerdotal, con saludables efectos de protectora y animadora de las gentes, cuando no de juez severa de las conciencias, asidero de rectitud en la moral social.

En un nivel superior de espiritualidad, pero con el mismo sentido de “sombra y alimento del pueblo” estaba la institución del “stárchevsko” para el pueblo ruso, según la describe maravillosamente el genial novelista ruso Fedor Dostoievski en los “Hermanos Karamasovi”, especialmente en la historia del “starets” Zozima. Los famosos “startsi”, santos ancianos, venerados por el pueblo, practicaban la meditación llegando algunos de ellos a la suprema contemplación unitiva. De esta concentración y repliegue inferior lograban atesorar una interna dulcísima riqueza espiritual, una plenitud divina, la cual se derramaba llena de amor y sabiduría en las gentes que iban a consultarlos. En palabras de Dostoievski, el “starets” es el hombre que a través de una “escuela de vida” lleva, “tras larga experiencia”, al hombre que a él se acoge, a “dominarse a sí mismo hasta el extremo de poder finalmente alcanzar la libertad completa, es decir, la liberación de sí mismo evitando la suerte de aquellos que consumieron toda su vida sin hallarse a sí propios”. En lo que llamamos Pneumanálisis, análisis del espíritu, se trata del problema psico-espiritual fundamental del hombre la *des-apropiación del propio ser*.

En palabras del mismo Dostoievski “los startsi se granjearon en seguida el respeto del pueblo”, al “starets” acudía “no sólo la gente baja sino también las personas más notables para confesarles sus dudas, sus pecados y sus sufrimientos e implorar su consejo y guía”. En verdad que así querían recorrer el camino de la “servidumbre a la libertad”, el camino a la “perfección moral, a la serenidad y el definitivo dominio de sí mismo”. Grandiosas y altas realizaciones de la vida para los seres humanos que en este mundo tienen derecho y esperanza de plenitud existencial. Y para ayudar a la realización de esos fines superiores se explica la existencia del Psicólogo en la comunidad social y se encuentra la razón de ser de su acción profesional científica, técnica y esencialmente humanística. Es desde esa inspiración superior, desde esa gracia interna que tiene el “starets” que efectivamente se puede llevar al ser humano a la consumación de su ser en pleno ser, con raíces en lo divino. Y más aún si se piensa, con palabras de Dostoievski, que “hay en el bajo pueblo un dolor taciturno y muy sufrido: métese dentro y calla, y que hay también un dolor que revienta: rompe a llorar”, dolor que es amargo, dolor seco o que irrumpe en lágrimas interminables desconsoladas, pero aún así, puede llegar a ser fecundo patrimonio humano de floración espiritual en todas las clases sociales. Para transformar el dolor estéril

sin salida en dolor fecundo trascendente, lleno de espiritualidad, es que se cumple la labor del “starets”, digo del psicólogo entre los hombres, mujeres y niños que sufren. Hay clamor y hay lágrimas. Entonces, pregunto, ¿quién puede ser el oído sabio que sepa escuchar el clamor, quién el corazón abierto que reciba las lágrimas? Es así que el psicólogo –considerado modernamente científico del comportamiento más que conocedor de la experiencia humana, técnico de la modificación de la conducta, más que escudriñador delicado de los repliegues de la profunda problemática psico-espiritual de la vida anterior– tiene que asumir un nivel que el hombre sufriente y anónimo de las ciudades y el miserable explotado de los campos, las sociedades turbadas por la violencia y oprimidas por la crónica penuria e insatisfacción exigen. Es el psicólogo humanista, quien –desde el profundo hontanar de su interior equilibrio psíquico y riqueza espiritual logrados gracias a la sensibilidad inteligente desarrollada por la experiencia de la vida y la gracia del sufrimiento fecundo, dotado de amplia y sólida cultura filosófica, literaria y artística, disciplinado en la investigación científica, nutrido del saber de la ciencia y armado con los instrumentos de la técnica (“*pars cognitiva non est nisi propter operativam*” decía muy pragmáticamente Arnaldo de Vilanova el buen médico mallorquín del siglo XIII, nada menos que en el Medioevo, calumniado injustamente por los ignorantes)– puede enfrentar el profundo desgarramiento del hombre que acude a la consulta, si a tales condiciones de solvencia humana y profesional irradia el carisma que sólo atesoran las personas experimentadas en la meditación espiritual, asiduas en la reflexión sobre el sentido de la vida y del sufrimiento y que así del pozo de la adversidad y del dolor han debido en el hontanar de la alegría.

Evidentemente, se pide en la formación de los Psicólogos que sean personas a quienes les ha sido familiar la reflexión fundamental, Metafísica, Teología y Teología Mística, incluso cierta práctica de la meditación profunda, quizá de la contemplación espiritual, y por supuesto una sólida cultura humanística, tanto clásica como moderna, en el arte, la literatura y, en general, de las letras humanas y divinas. Y también sería necesario mencionarlo muy especialmente ya que no se considera nunca indispensable pero que es esencial en lo benéfico: la música, la alta música, cuyas virtudes exaltara Shakespeare.

Se nos podría objetar en el sentido de qué exigimos demasiado del profesional psicólogo, que habría que limitar esta elevada exigencia al psicólogo clínico, quien tiene que tratar con profundos y sutiles problemas existenciales de los seres humanos. No es así, estoy convencido que tan elevadas calificaciones tienen también que exigirse del psicólogo educacional, evidentemente, pues requiere la educación, una delicadeza y cultura tan adecuadas como que el educador, más aún si es psicólogo, tiene que vérselas con la realidad más noble y compleja y que es el ser humano en tanto que educando, cuyo cerebro, “frágil

morada del alma" (Shakespeare, King John), en tanto que sistema material dinámico en función de aprendizaje constituye tanto un objeto vulnerable como intensamente aprovechable para construir una humanidad mejor. ¿Sería necesario insistir en tan alta exigencia para el psicólogo industrial y el psicólogo social? ¿Acaso el psicólogo industrial no tiene que tratar de las complejas relaciones entre adultos en el proceso del trabajo y de la producción, precisamente para tratar los conflictos derivados de la incomunicación, lo que redundaría en desmedro de la calidad del producto y en deterioro y ruina psicopatológica y espiritual de las personas implicadas en la empresa? El psicólogo no trabaja con madera o hierro, ni con piedras o elementos inferiores a las partículas como moléculas átomos o electrones, tampoco con micro-organismos o virus. El psicólogo no tiene por qué enfrentar el mundo de relaciones humanas con la actitud instrumentalizadora, cosificadora y deshumanizante tan frecuente en el mundo de negocios y finanzas o en la lucha por la obtención o conservación del poder en la política. El psicólogo trabaja con la realidad más compleja y profunda que hay en el universo temporal que conocemos, el hombre como persona, única e insustituible, irreplicable, con la exclusiva dignidad de ser cada ser humano un fin en sí mismo, con derecho al respeto profundo y a la comprensión más entrañable.

Además hay que considerar que el cuerpo que queda subsumido en la persona, la cual a su vez se sustenta en él para operar en el mundo espacio-temporal, ese cuerpo es en sí mismo la estructuración funcional y material más compleja y fina que se da en el universo, digo, el sistema nervioso y en especial el cerebro humano y su complejísimo telar de interconexiones neuronales y sinápticas, en las que transcurren miles de millones de acontecimientos químico-eléctricos ligados a la aparición o desaparición de la conciencia vigilante y del pensamiento inteligente y la memoria. Esta misteriosa relación de un trozo de materia y el pensamiento que es el hombre y los fenómenos a que da lugar en su relación y contexto intersubjetivos tan variados y que se llama sociedad requiere para su comprensión un nivel profesional de excepción, de lo cual no parece tener conciencia las universidades que lanzan multitudes de psicólogos mediocres cada año. No puede ser psicólogo una persona de inteligencia mediana, ahogada en conflictos internos y externos, mediocre espiritualmente y de inteligencia, no puede aspirar a tan alto servicio humano individuos zafios, agresivos, pasionales. En suma, no puede ser psicólogo un hombre común y corriente. En la asociación profesional norteamericana de psicólogos no sólo se exige estabilidad emocional e inteligencia superior al término medio, sino, algo muy importante para mí, y es "sentido del humor" ("sense of humor"). Es que el sentido del humor es la respuesta inteligente y serena ante la adversidad que nos afecta, la respuesta madura a los sinsabores de la vida o a los defectos del carácter, propios o ajenos. Un ser rígido, autoritario o resentido, suspicaz, no puede tener sentido del humor, precisamente, el psicólogo ha de tener un natural dispuesto,

gentil, abierto, flexible y liberado de mezquinas pasiones soterradas. En suma, se trata de ser una persona cabal y madura, bien integrada y excepcionalmente dotada para el pensamiento y para la intuición emocional comprensiva, o sea, un carácter sereno, noble, dotado de sensibilidad inteligente amplia y fina. Estas son precisamente las características psicológicas y conductuales básicas desde las cuales aflora el "sentido del humor", es decir de un espíritu pacífico y risueño, desprovisto de amargura básica y de agresividad. Es por esto que hay que diferenciar el sentido del humor de ciertas formas jocosas con las cuales se le confunde, por ejemplo, con el espíritu burlón o sarcástico, que tiene mucho de agresivo y cierta voluntad iconoclasta, cuando el sujeto con la burla envidiosa o el sarcasmo incisivo se desquita de la superioridad ajena que no tolera mediante tal ataque. En todo caso, en el "sentido del humor" hay voluntad festiva, en la burla, desamor. El reírse de lo sublime, las burlas acerca de lo respetable y superior, el sarcasmo del escéptico y del pesimista y amargado no es una respuesta inteligente y amorosa, como en el caso del "sentido del humor" sino una reacción de desfogue y de desquite agresivo que revela precisamente lo contrario del "sentido del humor" que es superación espiritual inteligente frente al sufrimiento.

Y, por supuesto, el "sentido del humor" en su finura inteligente y su origen en una cierta sabiduría de la vida, adquirida mediante la experiencia aleccionadora del sufrimiento noblemente asumido, no tiene nada que ver con la comicidad grotesca ni con la hilaridad payascesca, puesto que lo primero hace reír al ignorante mientras que en el "sentido del humor" sonríen los sabios, mientras que en lo segundo, es decir, en la hilaridad del payaso se transparenta una cierta tristeza, está contaminada de reproche amargo, de despecho. El "sentido del humor" implica, por el contrario, libertad y desasimiento, limpieza afectivo-pasional. Tal, en suma, la profundidad y la necesidad del "sentido del humor" como rasgo psicológico esencial en el psicólogo. En todo caso, es bueno siempre recordar la observación del gran psicólogo norteamericano Gordon Allport, quien se admiraba de que los psicólogos se mostraban muy atareados y preocupados con sus instrumentos técnicos y tests mentales olvidando perfeccionar el mejor de los instrumentos psicológicos y que es el psicólogo mismo.

Reynaldo Alarcón, eminente psicólogo peruano, ha acuñado un concepto que abarca importante de su propia investigación y que es el concepto de "psicología de la pobreza" y él nos propone "una preocupación fundamental, cual es examinar el rol que le corresponde asumir a la psicología en una sociedad subdesarrollada, como la nuestra, con una realidad humana psicológicamente perturbada por el flagelo social de la pobreza" (Reynaldo Alarcón, Psicología, Pobreza y Subdesarrollo, Lima, 1986). Me parece que para satisfacer esa preocupación con una ocupación que resulte en tarea fructífera, es decir, para realizar

una cabal “psicología de la pobreza” se requiere la presencia y la actuación de un tipo de psicólogo como el que aquí se ha delineado. Un psicólogo avanzado psico-espiritualmente, humanista dotado de amplia cultura filosófica, literaria, artística, sociológica e histórica, todo ello como base para la utilización, cuando sea menester y sea pertinente, de los criterios e instrumentos científicos y técnicos. Un simple recolector y cuantificador de datos no es suficiente, la “pobreza” es un fenómeno humano muy complejo a la cual se requiere llegar con mucha delicadeza.

Efectivamente, no podemos circunscribirnos exclusiva y excluyentemente a los parámetros rígidos de lo que sería una psicología moderna, científica y actual. Estos parámetros pueden ser resumidos en los siguientes seis puntos: (1) “El objeto de la psicología actual es la conducta”; (2) “La psicología es una ciencia natural de carácter fáctico que estudia hechos en términos de conducta”; (3) Los métodos experimental, correlacional y la observación controlada son los principales de una psicología científica.; (4) El factor medio-ambiental es el más factor principal y determinante; (5) El método cuantitativo es el más avanzado para el tratamiento y el análisis de los datos; (6) La Psicología como ciencia pretende explicar, predecir, y, por tanto, avanzar hasta el control del comportamiento humano. (Estas seis características las tomo del texto de mi presentación del libro del profesor Dr. Reynaldo Alarcón, realizada en Lima el 30 de octubre de 1986).

Es indudable que estos parámetros de una psicología entendida sólo como ciencia y ciencia natural recortan la riqueza, la complejidad, la sutileza y la profundidad de la realidad psíquica, reduciéndola a objeto adecuado al método científico en boga. Por supuesto que no permite penetrar con profundidad en el fenómeno de la “pobreza”. El método literario, por ejemplo, utilizado por Dostoievski para conocer, describir y explicar el fenómeno de la pobreza en Rusia en el siglo pasado es un excelente ejemplo de cuanto más penetra en el fenómeno psicosocial y vivencial-psicológico de la pobreza la novela, género nada científico, ni cuantitativo, ni experimental, ni correlacional. Y, por supuesto, Dostoievski, con su talento artístico y don de humanidad y de sensibilidad y respeto por el hombre, jamás hubiera pensado en utilizar tan profundos y reales conocimientos sobre la realidad de la pobreza para “avanzar hasta el control del comportamiento humano”. Semejante propósito de control totalitario de la libertad humana y de la espontaneidad personal de la vida psíquica debe ser radicalmente rechazado por la ética del ejercicio de psicólogo.

La realidad psíquica es una realidad multidimensional de carácter bio-psico-socio-espiritual que requiere de diversas vías de acceso, las que no excluyen, además de las vías científicas y técnicas, las del saber obtenido en los

estudios teológicos, en la creación literaria y artística o en la reflexión filosófica. El hombre es un ser demasiado complicado, un animal profundo, y por ende no pueden aplicársele exclusivamente métodos que sirven para conocer la vida psíquica menos complicada y menos verbalizada del primate no humanizado o para otros mamíferos, en la que, por ejemplo, el método experimental permite ver la neurosis de una oveja sometida a estímulos ambiguos. Ningún simplismo de este tipo nos permitiría asomarnos siquiera al abismo de lo que es el hombre superior. Los métodos cuantificativos son útiles para estudiar poblaciones de bacterias o para moléculas o partículas subatómicas. La psicología no es sólo una ciencia natural, el psiquismo humano tiene características que sobrepasan al tratamiento meramente científico o al método propio de una ciencia natural. Y sobre todo, no hay que confundir la *realidad psíquica* con el *objeto de la Psicología*, en tanto artefacto construido por el método científico que naturalmente selecciona y deja fuera de su campo parcelas importantes, delicadas y profundas de la *realidad psíquica*, sólo accesibles a métodos diferentes. Si incluimos como vía de acceso para el conocimiento psicológico, para el saber integral de la *realidad psíquica* digamos, la poesía; por ejemplo, entonces podemos iluminar de manera penetrante y sutil experiencias psíquicas y realidades de la vida humana inaccesibles a la ciencia. Y así podremos preparar psicólogos que puedan ser *sombra y alimento del pueblo* y no meros tecnólogos sin carisma y sin amor. Laus Deo.